

## Lucha para apropiarse de la ciudad

Autor: por Jean-Pierre Garnier<sup>1</sup>

Traducción: Florencia Giménez Zapiola

La reestructuración urbana por “destrucción creadora” adquirió una dimensión planetaria: de Bombay a Beijing pasando por Londres, Nueva York o París, muchos barrios populares bien situados son reacondicionados y sus antiguos habitantes enviados a la periferia en grupos habitacionales de baja gama para dejar lugar a un hábitat “de categoría”: sedes sociales, equipos culturales prestigiosos capaces de atraer a los inversores, promotores inmobiliarios, directores de sociedades, cuadros superiores y turistas adinerados. En resumen, “la villa de emergencia global entra en colisión con la obra de construcción global –concluye el geógrafo David Harvey–; atroz asimetría que no puede ser interpretada sino como una forma flagrante de confrontación de clases” (1). Por consiguiente, ¿hace falta deducir que, más allá de la aparición de nuevas disposiciones urbanísticas y arquitectónicas, la lucha eterna entre dominantes y dominados por la conquista (o la reconquista) del espacio urbano se efectúa según una dinámica inmutable?

Eso sería despreciar los efectos ideológicos y políticos de la recomposición de los grupos sociales, en particular en los países donde la “tercerización” se impone sobre la industrialización. Desde el último cuarto del siglo XX, el crecimiento de las actividades llamadas de servicio se dio junto a la expansión de una nueva clase media ligada a la polarización de las funciones financieras, jurídicas y culturales clave, en medio de áreas urbanas erigidas al rango de “metrópolis” a escala mundial o, al menos, nacional. Dos rasgos importantes de esta evolución deben llamar la atención: por una parte, el aumento de poder de una fuerza de trabajo intelectual provista de capital académico (estudios y diplomas de enseñanza superior) que ligó su suerte a la de la burguesía, preocupada antes que nada por que ese capital rinda sus frutos. Por otra, el debilitamiento, causado por la descomposición del tejido industrial tradicional, seguido de la desintegración del movimiento obrero, que en la debacle arrastró los proyectos de transformación radical de la sociedad y los ideales de emancipación colectiva que los sostenía.

Quien dice “confrontación” –para retomar la formulación de Harvey–, no dice necesariamente enfrentamiento. Hoy, en el espacio urbano, las divisiones de clase se manifiestan más bien según el modelo del separatismo. Los choques frontales entre los que poseen y los desposeídos son escasos. La lucha para apropiarse de la ciudad no cesó por falta de combatientes, sino porque, frente a una burguesía siempre a la ofensiva, el otro protagonista, el proletario, ya no está en condiciones de oponerse a ella. La primera “conserva el conjunto de atributos de una clase: comunidad de situación, de destino, sentimiento de pertenencia y estrategias múltiples de reproducción, incluyendo las acciones que apuntan a debilitar el mundo del trabajo” (2). El proletariado obrero, por su parte, perdió la conciencia de su existencia colectiva y del “papel histórico” de sujeto revolucionario llamado a subvertir el orden establecido que le habían atribuido los teóricos del socialismo.

---

<sup>1</sup> Autor de *Une violence éminemment contemporaine. Essais sur la ville, la petite bourgeoisie intellectuelle et l'effacement des classes populaires*, Agone, Marsella, 2010. Este artículo está extraído del capítulo introductorio.

## Reorganización por la fuerza

Sin duda, las maniobras de las clases dirigentes para privar a los estratos populares de su territorio no dejaron de suscitar resistencias. Enfrentamientos entre la policía o el ejército y los habitantes de los campamentos, ciudades cayampas, favelas y otros barrios de viviendas precarias bajo la forma de luchas contra la delincuencia o la subversión en América Latina; “barridos” *manu militari* de las villas de emergencia en el Magreb y en África subsahariana; desalojo “forzado” de los antiguos habitantes y demolición de sus casas en la China “popular” con el fin de dejar lugar libre en los terrenos requeridos para las infraestructuras y los edificios destinados a adaptar las grandes ciudades a la globalización mercantil; incendio metódico de gran alcance en ex barrios “alternativos” de Berlín asediados por la neo burguesía después de la reunificación.

Se podrían mencionar también las revueltas de la población negra en los guetos estadounidenses durante los años sesenta o la de los jóvenes inmigrados afrocaribeños de las zonas relegadas de los suburbios ingleses prometidos a la “renovación” por el gobierno de Margaret Thatcher a principios de los años ochenta. En Francia, Italia y España, durante los años setenta, numerosas manifestaciones, tomas, multiplicación de okupas, autorreducción de alquileres, florecimiento de asociaciones vecinales y de comités barriales más o menos explícitamente ubicados bajo el signo de la reivindicación de un “derecho a la ciudad” para todos hicieron creer en el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento social, calificado como “lucha urbana” por una sociología crítica. Los teóricos y los militantes de extrema izquierda que habían creído discernir en esta agitación la apertura de un nuevo frente en la lucha anticapitalista se desengañaron.

Salvo pocas excepciones, la unión esperada entre trabajadores y ciudadanos como resultado de la prolongación del dominio de la lucha de clases en los lugares de residencia no se operó. Cuando se hizo, como en Chile o Argentina, o en ciertas ciudades italianas y españolas (Turín, Boloña, Barcelona), donde los trabajadores lograron conectar la lucha contra la explotación en las fábricas con la lucha librada contra los promotores, los propietarios y su sostén político, la resistencia revistió formas efímeras y sin futuro, a menudo sofocadas por la represión. En otras partes, fue neutralizada por la recuperación: las negociaciones con los poderes instalados tuvieron con frecuencia por efecto, si no por fin, disipar la combatividad y la radicalidad de los habitantes sublevados, aunque sólo fuera prestigiando a sus líderes, como lo ilustró de manera emblemática la promoción del ex “contestatario” Daniel Cohn-Bendit, al puesto de adjunto del alcalde del Partido Social Demócrata de Francfort-sur-le-Main, como encargado de asuntos multiculturales en 1989.

Las “luchas urbanas” cuyo estallido, se suponía, iba a reforzar al proletariado con la incorporación de otras categorías sociales en la lucha contra el capital, habían sido conducidas –y todavía más, teorizadas–, sobre todo por militantes “contestatarios” provenientes de la universidad (profesores, investigadores, arquitectos, trabajadores sociales, etc.). Ahora bien, la importancia que revestía a sus ojos la “calidad de vida” iba acompañada de cierta indiferencia, cuando no de pura y simple ignorancia, respecto de lo que se desarrollaba en el “mundo del trabajo”. En Francia, bajo la batuta de mandarines universitarios de la “segunda izquierda” (François Dubet, Didier Lapeyronnie...) –de hecho los precursores del social-liberalismo–, las luchas urbanas se inscribieron incluso entre los “nuevos movimientos sociales” llamados a relevar a un movimiento obrero agotado. Se suponía que iban a “cambiar la vida” sin que fuera necesario terminar con el capitalismo, por entonces considerado insuperable. “Cambiar

la ciudad” ya no implicaba cambiar *de* sociedad: bastaba con ayudarla a evolucionar, aunque más no fuera dándole una cara más “urbana”.

Muchos ex detractores de la urbanización capitalista adhirieron a esta tarea. Sociólogos y geógrafos urbanos, arquitectos y urbanistas, técnicos en reacondicionamientos y representantes locales conjugan ahora sus esfuerzos para adaptar el espacio urbano a los requisitos del capitalismo “posmoderno”. Después de haberlos vaciado de toda connotación revolucionaria, no dudaron en retomar algunos temas del “derecho a la ciudad” teorizados por el sociólogo marxista Henri Lefebvre (3): prioridad de lo cualitativo sobre lo cuantitativo, rechazo de la estandarización de la construcción para preservar o restituir la historicidad, la autenticidad y la personalidad de un barrio, importancia acordada a los espacios públicos –lugares de sociabilidad espontánea por excelencia–.

### **Nuevas términos, viejas lógicas**

Ya no se trata de hacer tabla rasa del pasado urbano como en la época de la “renovación-topadora” donde los islotes juzgados “insalubres”, o incluso barrios enteros en abandono durante mucho tiempo eran arrasados para “liberar terrenos” propicios al florecimiento de inmuebles “de categoría”, viviendas u oficinas, donde las calles tortuosas y atestadas, heredadas de los siglos precedentes, eran remplazadas por “rutas” o “arterias” para “adaptar la ciudad al automóvil”. Ya no es momento para la destrucción –salvo cuando la construcción existente es irrecuperable–, sino más bien para la “rehabilitación”, la regeneración, la revitalización, el “renacimiento”. Esta terminología, en boga entre los diversos encargados del reacondicionamiento de las ciudades, apunta sobre todo a disimular una lógica de clase: reservar los espacios “recalificados” a personas de calidad. “Todos estos términos que comienzan por ‘re’ son a priori positivos para la ciudad, pero eluden completamente la cuestión social. Que un barrio se vuelva moderno y de moda implica también que una serie de habitantes fueron expulsados de él. El barrio va, pues, ‘mejor’, pero no para las mismas personas”, apunta un geógrafo belga (4). Dicho de otra manera: si hay “renovación urbana” –otro pseudoconcepto, lanzado en Francia durante el gobierno de la “izquierda pluralista” en el marco de la “política de la ciudad”–, ésta apunta primero a renovar la población para que el poblamiento de las zonas centrales de grandes aglomeraciones concuerde con su nueva vocación: imponerse como “metrópoli” dinámica y atractiva.

Aunque se haya efectuado progresivamente, la llegada de grupos sociales pertenecientes tanto a las franjas superiores o intermedias del asalariado, como a las profesiones liberales provenientes del desarrollo de la “sociedad de la información y de la comunicación” a los antiguos barrios obreros, fue sentida a menudo por los habitantes originales como una invasión. Al final, para la mayoría de ellos significaba –especulación hipotecaria e inmobiliaria mediante–, el desplazamiento y el remplazo por ciudadanos acomodados y cultivados, ansiosos por constituirse en una identidad de residentes congruente con su identidad social. Pues la “gentrificación” no afecta solamente el espacio construido: afecta también el espacio político y, en particular, la naturaleza de los partidos de la izquierda oficial cuya base popular no ha dejado de reducirse. “Se trata de un fenómeno europeo; en todas partes se asiste a una ‘gentrificación’ de la social democracia”, observa el geógrafo Christyophe Guilly (5). Por eso no nos asombramos de que las municipalidades de izquierda tiendan la mayoría de las veces a adelantarse a los deseos y aspiraciones de su nueva base social, en especial en materia de urbanismo, vivienda y consumo cultural.

En un lujoso folleto que expone el futuro esperable de París para el siglo XXI y los reacondicionamientos programados para hacerlo realidad, la primera adjunta al alcalde, encargada del urbanismo y la arquitectura, Anne Hidalgo, resume la problemática que se impone en adelante a los representantes locales de las grandes ciudades: asentar su rango y su identidad de “ciudades globales”, “un estatus que la capital francesa disputa con muchas metrópolis mundiales” (6). Los discursos románticos y consensuados sobre la necesidad de “romper con el aislamiento del centro de la aglomeración” en relación con la periferia, y de echar “una nueva mirada sobre su lugar en el interior de la región urbana” no deben ilusionar. Al igual que el super RER [Réseau Express Régional], circular automatizado previsto para el hipotético “Gran París”, el proyecto del circuito del Ring a lo largo de los barrios tradicionales de Anvers no apunta a responder a las necesidades más urgentes de los habitantes en materia de desplazamiento, sino a poner en relación directa los polos económicos, los nudos de autopistas, los aeropuertos y las estaciones. Dicho de otra manera los puntos considerados vitales para la circulación de capital y que, articulados entre ellos, permitirán a la metrópolis no quedar distanciados de sus rivales europeos.

De la misma manera, ¿acaso los planes fabulosos de urbanismo que supuestamente acrecientan “el atractivo” del “Gran Hanoi” no ayudan a la ex capital de la resistencia antiimperialista –el nuevo Eldorado para los promotores y “capital del shopping” muy apreciada por los turistas occidentales– a mantener su rango frente a Singapur, Hongkong o incluso Shangai? (**Xavier Montheard, páginas XX y XX**). ¿Y qué decir de la construcción programada, en San Francisco, de un prestigioso “centro de tránsito” donde se interconectarán los diferentes tipos de transportes públicos para hacer más fluido el tránsito alrededor de la bahía? Se supone que esta operación de “renovación urbana” que integra rascacielos y equipamientos para el ocio “cambia el perfil físico de la ciudad”. Su perfil social también: una parte del antiguo *downtown* que comprende numerosos edificios ocupados será pura y simplemente borrado del mapa (7).

El “proyecto compartido” que, se supone, une la parte central y la periferia de las regiones urbanas en un “destino común” no es sino la aplicación espacial del principio fundamental llamado a regir la vida en sociedad entera sobre todo el planeta: la “competencia libre y no falseada”.

1 David Harvey, “The right to the city”, *New Left Review*, N° 53, Londres, septiembre-octubre de 2008.

2 Paul Bouffartigues, *Le retour des classes sociales. Inégalités, dominations, conflits*, La Dispute, París, 2004.

3 Henri Lefebvre, *Le Droit à la ville*, Anthropos, París, 1968.

4 Mathieu Van Criekingen, *La Tribune de Bruxelles*, 6-12-07.

5 Christophe Guilly, “La nouvelle géographie sociale à l’assaut de la carte électorale”, Centre d’études de la vie politique française (Cevifop), París, 2002.

6 Anne Hidalgo, “Paris doit faire face à une evolution profonde du monde”, *Paris 21e siècle*, Atelier parisien d’urbanisme-Le Passage, París, 2008.

7 Brad Ston, “Ambitious Downtown Transit Project Is at Hand”, *The New York Times*, 3-1-10.